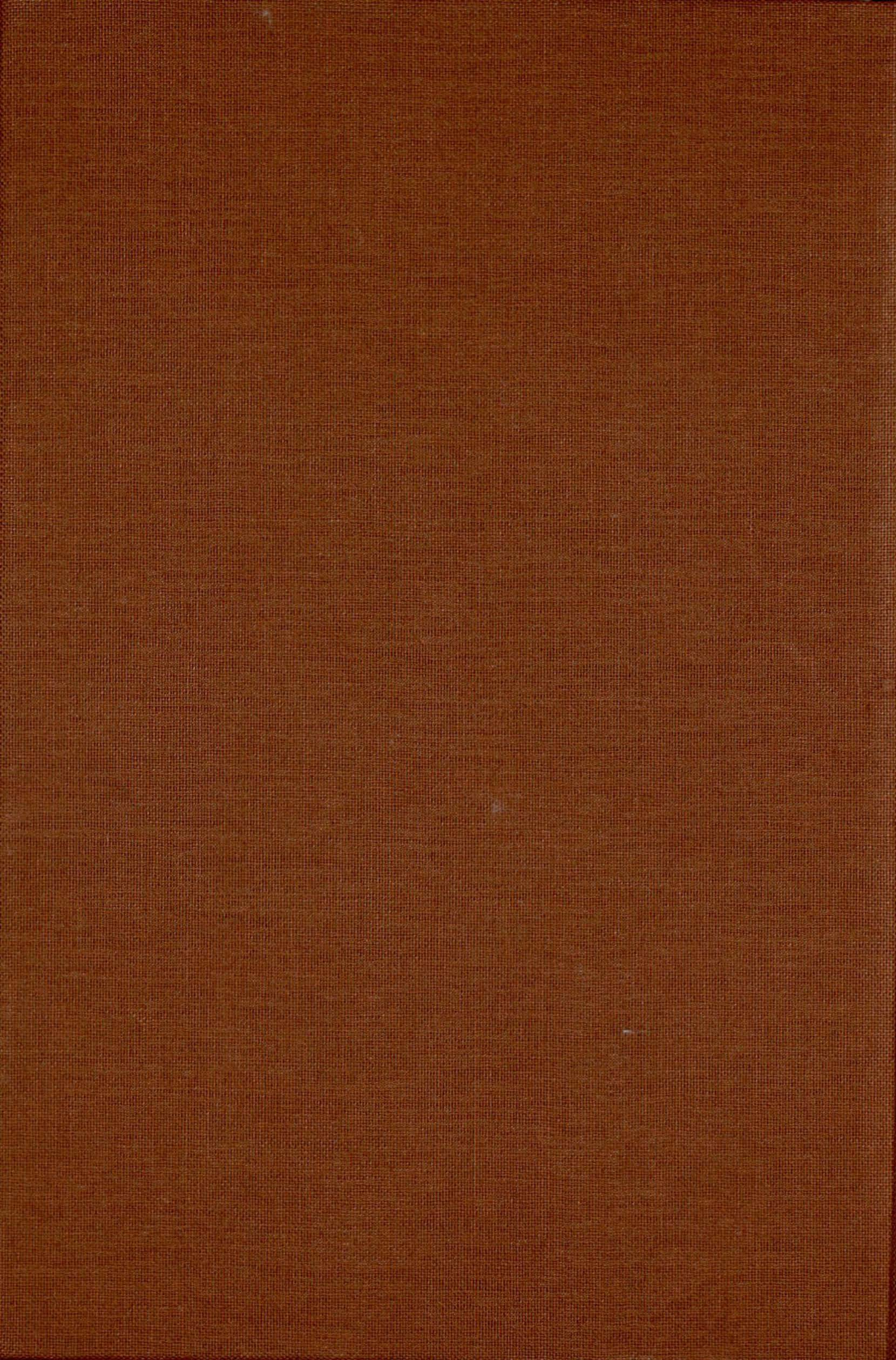


FRONTAUF

LA
MALDITA
VANIDAD



LIBRERIA JIMENEZ

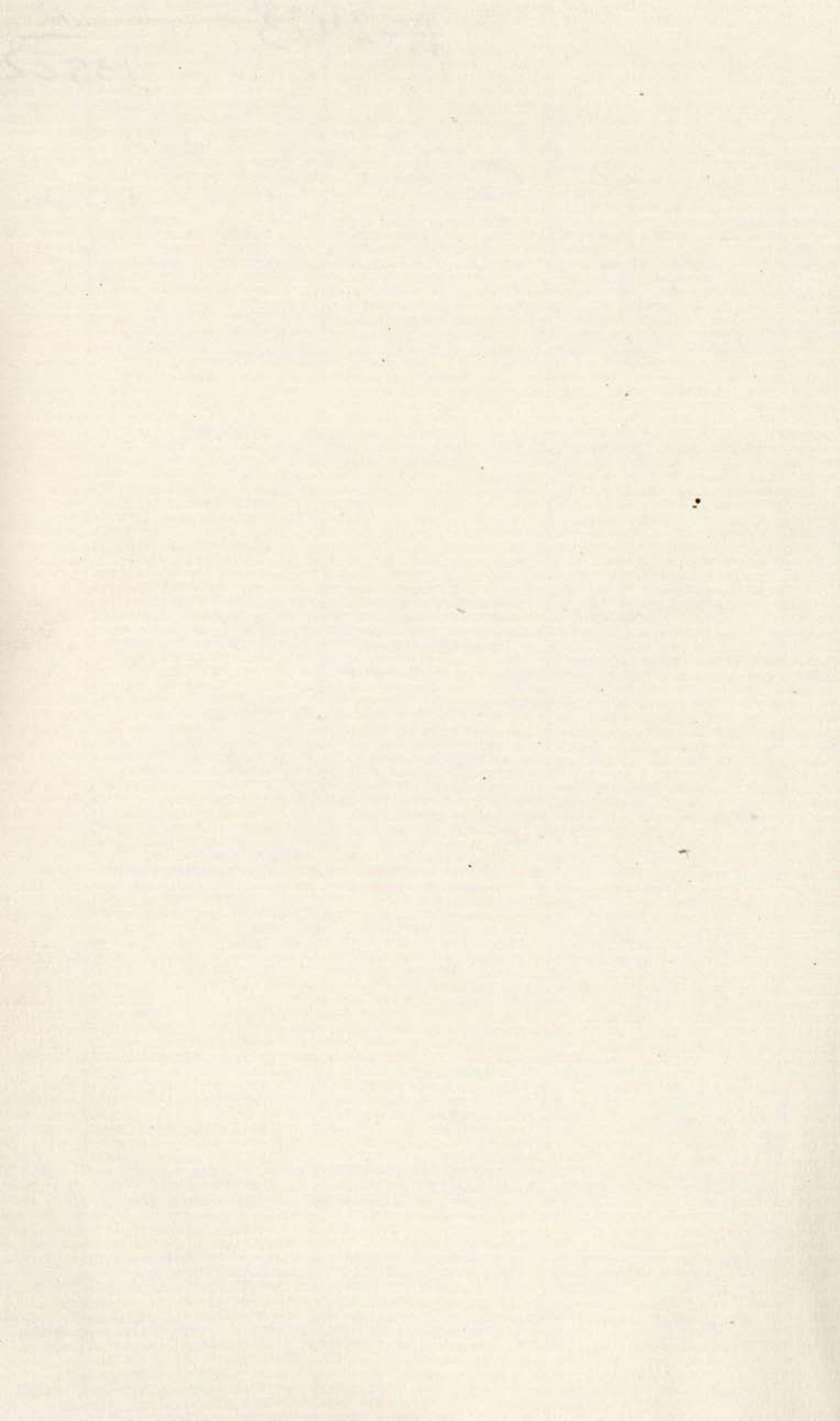
Mayor, 66 - 68
MADRID





A-2423

$\frac{R}{135226}$



PROPAGANDA DE LA FAMILIA

CUENTOS DE SALON.

POR

T. GUERRERO Y C. FRONTAURA

4 RS. en Madrid.

5 RS. en provincias.

LA MALDITA VANIDAD

POR

CARLOS FRONTAURA

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUALO

Calle del Cid, núm. 4 (Recoletos)

—
1872

CARLOS BONTAURA

LA MALDITA VANIDAD

CUENTOS DE SALON

CON UNO DE LOS

CUMTOS DE SALON

CÁRLOS FRONTAURA

LA MALDITA VANIDAD

CUENTO DE SALON.

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOPIA DE D. JUAN AGUADO

Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872

CARLOS FRONTAUZA

LA MALDITA VANIDAD

CUENTO DE SALÓN



MADRID
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE D. J. GARCÍA
Calle de San Juan, 1. Teléfono 1.111

1922

I

Donde se muere D. Melchor y se sabe quién fué D. Melchor.

— ¡Se muere! ¡se muere!

— ¡Hay que avisar al médico!

— ¡A la parroquia!

— ¡Pobre señor!

— ¡Ha sido de pronto!...

— ¡No hay remedio para él!...

De esta manera expresaban su alarma, su temor, su compasion una tarde del mes de Marzo del año de gracia de 1870 cuatro personas en el portal de un elegante hotel de ese aristocrático barrio debido á la poderosa iniciativa del hombre á quien España debe en gran parte su progreso de algunos años acá, á pesar de que no es progresista. Pero como este libro es una novela, no me parecé oportuno hacer aquí el elogio del ilustre marqués de Salamanca, y me

contentaré con lo dicho en prueba de mi afecto al iniciador de los ferro-carriles en España, al amigo de las letras y de las artes, al incansable propagador del trabajo y de las empresas útiles el país.

Y continúo.

Aquellas cuatro personas eran una linda camarera, un ayuda de cámara, un portero y un lacayo; éste y el segundo salieron á escape, dirigiéndose el uno á casa de un médico, establecido en el mismo barrio, y el otro hácia la puerta de Alcalá, sin duda á llamar al señor cura de San José.

Enteráronse del suceso los porteros de otras casas próximas, algunos transeuntes, y yo que pasaba por allí.

Lo que sucedia no era ninguna cosa del otro jueves.

Sucedia sencillamente que un señor se habia puesto malo, muy malo, repentinamente, y todo hacia creer que se moria.

No hay cosa más natural en el mundo.

Es lo que nos sucede á todos.

Estamos unos cuantos años paseando tan listos por ahí, vistiéndonos y desnudándonos, comiendo, durmiendo, preocupándonos de todo lo que nos importa y de lo que no nos importa, haciendo planes para el porvenir... y un dia nos ponemos malos, así de pronto, nos metemos en cama, y nada, no nos levantamos otra vez.

Esa es la vida.

Y la muerte, que es lo más seguro que tenemos

en la vida, razon por la cual deberíamos estar siempre preparados á morirnos; es decir, que todos los actos de nuestra vida debian estar inspirados en la idea de que nos hemos de morir, y, ya que no hay otro remedio, debemos morir bien.

Pero no entremos ahora en filosofías, porque hemos de entrar en la casa del paciente.

Aunque nos preocupa el estado de la persona que, segun todos los indicios, se halla en peligro de muerte, no podemos ménos de admirar el lujo del interior de aquella casa. Raso, terciopelo por todas partes, mármol, oro, muebles de todos los gustos y de todas las épocas, estatuas, cuadros; allí hay una riqueza extraordinaria.

La persona dueña de todo ese lujo debe ser poderosa.

¡Y se está muriendo!...

Porque no hay nadie poderoso en el mundo, por mucho que tenga, nadie; el más poderoso no ocupa al fin más sitio que el más pobre; uno y otro son dos puñados de polvo.

Despues de atravesar salones verdes, azules, blancos, rojos, revestidos de seda riquísima, galerías de cristales de colores, pisando alfombras que da lástima pisarlas, llegamos á la habitacion donde se encuentra el enfermo.

No es una alcoba; es el comedor; un comedor precioso, alegre, lleno de luz, de sol, con anchas ventanas que dan á un hermoso jardin; la mesa está puesta con lujo, con riqueza; en una caprichosa pajarera

cantan, pian, saltan, vuelan, juegan más de cien pajarillos de las más raras y estimables especies, y sobre la mesa, sobre la chimenea, en magníficos jarrones se ven las más delicadas, las más preciadas flores.

Parece imposible que en aquella mansion encantada, tan rica, tan alegre, se halle la muerte.

Y allí está, allí está implacable, contando los minutos de las últimas horas del poderoso dueño de tanta riqueza, de tanto lujo.

Sobre un divan primorosísimo se halla el paciente, un hombre grueso, como de sesenta años; está prostrado enteramente; una señora de buen aspecto le sostiene la cabeza, y arrodillada delante de él, llorando, poseida de la más profunda ansiedad, vemos á una hermosísima jóven, que pronuncia muchas veces este nombre dulcísimo:

—¡Padre mio, padre mio!

Y el pobre padre no puede responder á su hija.

Se estremece convulsivamente, tiene los ojos abiertos, fijos en su hija; pero ¿quién sabe si la ve?...

—¡Padre mio, padre mio! repite la jóven con acento desgarrador.

Y el padre contesta con una especie de ronquido, que indica claramente la gravedad de su estado, indica que su organismo está completamente destruido, y que la muerte le tiene ya puesta la dura mano sobre el corazon.

—Señorita, dice la mujer que sostiene la cabeza del enfermo, y que es la institutriz de la hija del en-

fermo, el señor se muere... ¡Dios mio! ¡cuánto tarda el médico!...

—¡Padre mio, padre mio! sigúe diciendo Magdalena, que así se llama la hermosa jóven.

Al fin llega el médico; pulsa al enfermo, le examina, y hace un gesto que significa cuánta es la gravedad en que se halla el paciente.

Llama á los criados, levantan á D. Melchor, que este es el nombre del enfermo, le conducen al lecho, le desnudan, y el doctor se dispone á hacer todos los esfuerzos imaginables para salvar aquella vida, que no tiene salvacion.

Casi al mismo tiempo que el médico llega el sacerdote, que administra á D. Melchor el sacramento de la Extremauncion, despues de haber significado el doctor la imposibilidad de que el enfermo confiese ni reciba la sagrada comunion. La señora mayor, aya de Magdalena, se acerca al médico y le pregunta.

—No tiene remedio, contesta el médico; yo haré lo que pueda, pero la ciencia no puede resistir á la muerte, y la muerte se ha apoderado ya de este pobre señor.

—¿Y no podrá hacer testamento?...

—Imposible; seria preciso que Dios hiciera el milagro de permitirle hablar y discurrir. ¿Y cómo ha sido esto?...

—El señor acababa de venir de la Bolsa, bastante agitado no sé por qué, pero no habia dicho que se sintiera mal; ya estaba dispuesta la comida, porque luego iba á salir con la señorita en la carretela, y

apénas entró en el comedor y se sentó en el divan, le dió el ataque.

—Habrá tenido algun disgusto grave fuera de casa.

—Lo ignoro; nada ha dicho.

Todos los esfuerzos del médico fueron vanos; tuvo dos juntas con otros prohombres de la ciencia, que sin duda hubieran salvado al enfermo, si éste hubiese podido salvarse; pero como la muerte se habia empeñado en llevárselo, todo fué inútil, y á las doce de la noche cesó aquel siniestro ronquido, único síntoma de vida que le habia quedado al bueno de D. Melchor.

El Excmo. Sr. D. Melchor Fernandez de Fernandez, caballero gran cruz de Isabel la Católica, de Cárlos III, de Cristo de Portugal, etc., etc., habia fallecido como un simple mortal, y *La Funeraria*, esa empresa siempre afortunada y próspera, como que vive de la vanidad humana, se habia apoderado de los restos del grande hombre, y el dia siguiente ya le habia embalsamado, vestido, peinado, emperegilado y encerrado en una caja de zinc, exponiéndole luego, con grandes hachas en derredor, en un salon del *hotel*, convenientemente adornado de colgaduras negras con galones y borlas de oro; todo aquel aparatoso atavío no hacia pensar á los curiosos que iban á ver al muerto en ese terrible misterio del fin de la vida; pero les hacia admirar el lujo y la riqueza; la vanidad estaba satisfecha.

Pero bueno será que digamos algo del muerto.

Era D. Melchor Fernandez un hombre de poca ó

ninguna instruccion; apénas sabia escribir, y en cuanto á leer, leia de corrido las cifras, mucho más fácilmente que las letras, á no ser que estas letras fuesen de cambio. Su padre habia sido pobre, pero muy bruto, aunque no lo era para hacer su negocio, como lo probó, haciendo una regular fortuna en el comercio de mantas de Palencia, que en aquella época no tenian rival en el mercado, como que no se introducian del extranjero, y todavía la fabricacion de ese artículo no se habia extendido á otros pueblos de España. El padre de D. Melchor compraba las mantas al por mayor en la fábrica y luego las vendia al pormenor, y así hizo el dinero que en moneda corriente, buena toda y de ley, dejó á su muerte á su hijo.

Vino éste á Madrid con una buena compañía de onzas de oro; pero no continuó el comercio de mantas, porque se ganaba poco; dudando estuvo algun tiempo sin decidirse á qué especulacion se dedicaria, y mucho habrian durado sus dudas si la casualidad y un amigo de su padre no le hubieran llevado un dia á la Bolsa.

D. Melchor, que tenia las ménos felices disposiciones para toda profesion que requiriese algun estudio, encontró en la Bolsa su verdadera vocacion.

Pronto comprendió aquel *tejemanaje*, y empezó á hacer sus jugadas, en las que fué por extremo afortunado.

Y cinco ó seis meses despues habia adquirido cierta reputacion de acierto y arrojo entre los bolsistas, y entablado relaciones con varios de los más impor-

tantes capitalistas, y al año su firma valia muchos miles de duros.

D. Melchor era un personaje.

Tenia el gran mérito que hay que tener en esta sociedad para ser engrandecido y sublimado: tenia dinero.

Y tenia más.

Tenia crédito; tenia crédito para reunir en un momento sobre su mesa todo el dinero de Madrid, sin hacer por su parte más que poner en un papel su nombre y un garrapato.

Conociendo la manera de ser de esta sociedad adoradora del dios Exito, no habia necesidad de consignar que D. Melchor fué halagado, mimado y festejado por ella, y que todas las puertas se le abrieron, lo mismo las de la más linajuda aristocracia que las de la política, las de los ministerios, hasta las de Palacio... Nada resiste ya al Exito.

Don Melchor, hombre vulgar y adocenado en todo, ménos en su peregrina habilidad de ganar dinero, pareció en la sociedad un hombre superior, y sus gestos y sus escasas palabras se interpretaron siempre favorablemente para él. Y él mismo se maravillaba de aquella importancia que se le daba.

Un hombre de las condiciones de D. Melchor habia naturalmente de excitar la codicia de algunos padres, de esos que andan buscando un *buen partido* para sus hijas, y creen haberlo hallado cuando encuentran un hombre rico, cuanto más rico mejor, á quien poder llamar yerno. En D. Melchor pusieron

los ojos muchos padres, y tambien hay que decir que, aunque no tenia las mejores cualidades de figura y talento para cautivar corazones, no le miraron con malos ojos las jóvenes más bellas y distinguidas.

El dinero es el demonio del siglo, y su influencia se apodera hasta de los corazones más tiernos, más inclinados á los dulces afectos, á los generosos sentimientos.

El lujo ha hecho que hasta las niñas, en la edad del candor, de los sueños de azul y rosa, estimen en mucho el dinero.

El lujo ha dado todo el desarrollo posible á la vanidad, y vémosla ya manifestarse claramente hasta en las niñas de tres ó cuatro años.

Las pobres inocentes criaturas no ven otra cosa, y el ejemplo es poderoso en la imaginacion de los niños.

Pero volvamos á D. Melchor.

Habia en Madrid un marques de alta nobleza, de nobilísimo linaje; pero esto no le habia estorbado para ser lo que se llama un perdido, entregado por completo al lujo y la disipacion; y así habia gastado sus rentas y su capital, quedando entrampado hasta los ojos, y pobre, por consiguiente, en la vejez.

Este marqués tenia una hija hermosísima, pero más vana que hermosa: al padre se le ocurrió que ningun marido mejor para su hija que el rico de la época, D. Melchor: la hija, cuando supo el pensamiento del autor de sus dias, se espantó como quien ve un abismo abierto á sus piés; pero se asomó al

borde del abismo , miró despacio , vió que el fondo de aquel abismo brillaba con ese brillo atractivo , encantador del oro... y se casó con D. Melchor.

Ella era hermosa , él feo ; ella espiritual , sensible ; él materialista , duro ; ella esbelta , delgada , ligera ; él grueso , desgarbado , torpe ; ella delicada , instruída , elegante ; él grosero , ignorante , descuidado ; ella noble , aristocrática : él plebeyo , vulgar ; pero ella era pobre y él rico , y con esto no hay que dar más razones de por qué se hizo aquel matrimonio.

Eso sí , la esposa de D. Melchor hizo lucir á este mucho más ; dispuso para aquel mochuelo una jaula tan bella , le arregló , le acondicionó , le cepilló , le pulió de tal modo , que le hizo parecer un caballero.

A los seis meses no habia en Madrid una casa como la de D. Melchor ; nadie tenia mejores coches , ni caballos más caros ; en ninguna parte se comia mejor que en casa de D. Melchor , y D. Melchor y su mujer fueron los modelos de la elegancia , el buen gusto y la distincion.

De este matrimonio nació Magdalena , tan hermosa como su madre , y es todo lo que se puede decir para asegurar que era muy hermosa ; vino esta niña á ser un encanto más en la casa encantada del opulento D. Melchor ; amáronla sus padres con idolatría , y la educaron de tal modo , que ella sí que podia decir que habia vivido en el paraíso : ni un disgusto , ni una contrariedad , ni una pena tuvo hasta que su madre , víctima de una enfermedad aguda , murió cuando ella tenia diez y ocho.

La muerte de la noble y hermosa dama fué ocasion de profundo luto en la alta sociedad; D. Melchor quedó sumido en la más triste melancolía, y Magdalena sintió dolor tan agudo, que llegó á temerse por su salud, y el amante padre tuvo que dar tregua á su propia pena para viajar con su hija y distraerla y fortalecerla.

La madre de Magdalena habia muerto como herida de un rayo, en el apogeo de su hermosura, cuando todo la sonreia, cuando todo era para ella ventura, cuando era más completa su felicidad maternal... En dos dias, únicos de su enfermedad, aquellos ojos brillantes, incomparables, se hundieron y se apagaron; aquellos labios de rosa se pusieron cárdenos, rígidos; aquellas manos primorosísimas enflaquecieron; aquel rostro angelical perdió su color, se puso lívido, flaco, feo...

¡Ah! Así advierte Dios á los que contemplan estas muertes terribles, inesperadas, cuán frágil y deléznable es todo en este mundo, cuán miserable es la criatura, y qué pasajeras son las glorias y felicidades mundanas!

Antes de cumplir el año de aquel terrible acontecimiento, volvieron á la córte el padre y la hija, conservando el recuerdo de la que habia sido el ángel de la casa, pero más consolados.

D. Melchor se dedicó nuevamente á sus operaciones bursátiles, y Magdalena procuró llenar dignamente la mision de ama de su casa, reemplazando á la pobre señora muerta en la flor de su edad.

La casa del banquero continuó siendo el palacio encantado de la alta sociedad; todavía aumentó en aquella el lujo bajo el reinado de Magdalena, mereciendo esta la misma reputacion de buen gusto y aristocrática distincion que habia gozado su desventurada madre.

II

El amor de Magdalena.

Magdalena, á los diez y seis años, dos ántes de la muerte de su madre, habia dejado ya de ser niña; su notable desarrollo físico é intelectual era extraordinario, y cuantas personas tenian la dicha de tratarla se asombraban cuando sabian su edad. Era discreta, prudente, tenia una instruccion casi impropia de una niña, discurría con singular buen juicio, y en todo manifestaba ser una criatura verdaderamente privilegiada por la naturaleza.

Magdalena amaba y era amada, amada con verdadera adoracion, y no habia hombre más digno de ser amado que el elegido de su corazón.

Era éste un jóven de veintitres años, de dulce fisonomía, de enérgico carácter, inteligente, noble, generoso, y, en una palabra, modelo de todas las virtudes y todas las perfecciones, que ocupaba en la casa de D. Melchor el cargo de tenedor de libros.

Hijo de un gran amigo de D. Melchor, quedó huérfano á los diez y ocho años, y pobre, tan pobre, que poco despues de la muerte de su padre vió á los acreedores de éste, apoyados por la ley, llevarse todo cuanto habia en la casa, y áun aparecia él responsable de muchas deudas de su padre, que en su dia le serian reclamadas.

D. Melchor fué á buscarle en aquella tribulacion; se le llevó á su casa, le instaló en ella, y le encargó de llevarle sus libros.

Fernando, que así se llamaba, aceptó aquel beneficio; se consagró enteramente á servir bien á su generoso protector, y concentró todos sus afectos en la noble familia que tan delicadamente le habia librado de la miseria.

La madre de Magdalena apreciaba mucho á aquel jóven tan trabajador, tan pundonoroso, tan agradecido, y Magdalena le queria como se quiere á un hermano mayor; pero Magdalena creció, y aquel amor fraternal dulce y tranquilo se trocó en amor apasionado, en el amor de la mujer al hombre.

Un dia, Fernando, sin darse cuenta de ello, sin querer acaso, hablo de su amor á Magdalena, y esta le confesó que aquel amor tambien habia germinado en su corazon.

Fernando estuvo, sin embargo, triste todo aquel día, aquel día tan feliz para él.

Después de aquella mutua confesión, no podía vivir en la casa de D. Melchor.

Su probidad le impedía ocultar aquel amor á los padres de Magdalena, y no esperaba que estos quisieran entregar su hija á un hombre que nada poseía.

Si callaba y continuaba alimentando la llama que ardía en el corazón de la niña, podía un día el padre sospechar que había querido aprovecharse de la confianza que en él se tenía para asegurar el logro de la mano de una mujer rica, y esta idea repugnaba á su caballerosidad, á su mismo amor puro, noble, desinteresado.

El día siguiente ya había tomado su resolución. Levantóse temprano, y salió de casa.

D. Melchor tenía costumbre de pasear á pié y solo por la Fuente Castellana todas las mañanas.

Se dirigió á donde sabía que hallaría á D. Melchor.

—¿Qué es eso, muchacho? le dije este, al verle venir, ¿ocurre algo en casa?

—No, señor, es que tengo que hablar con V.

—¿Qué te pasa?... Parece que estás ojeroso; ¿estás malo? ¿tienes algún disgusto?

—No, señor; quiero decir á V. que va á ser imposible que yo continúe á su lado.

—¿Qué me cuentas?... ¿Te ha dado algún empleo el gobierno?

—No, señor.

—Pues ¿qué es ello?

—Es que amo á Magdalena.

—¡Hombre!...

—Y Magdalena me ama tambien.

—Magdalena es una niña.

—Pues bien, señor D. Melchor, como no me conceptúo digno de la mano de Magdalena, ni Vds. me la concederían, aunque yo me juzgase digno de ella, considero preciso y conveniente alejarme de casa de usted.

—Fernando, eres un buen muchacho, digno hijo de aquel querido inolvidable amigo mio... Pero, ¿á dónde irás?...

—A trabajar.

—Hablaré con mi mujer; ya sabes que en todo sigo su dictámen; ella tiene mucho talento, y yo soy un zote. Vuelve á casa y nada digas. ¡Jésus! ¡qué muchachos! ¿quién habia de pensar?...

El mismo dia tuvo D. Melchor una conferencia con su mujer. á la que refirió su conversacion con Fernando, y habló con gran elogio de este. A D. Melchor no le parecia ningun desatino casar á su hija con el tenedor de libros.

Pero la madre de Magdalena no se manifestó muy propicia. Habia soñado para su hija un enlace brillante con un hombre que tuviera muchísimo dinero ó una gran nobleza. Además le parecia muy niña Magdalena para pensar en casarla.

D. Melchor, interesado en favor de su protegido, no quiso quitarle las esperanzas.

—Mira , hijo , le dijo, porque yo te quiero como un padre, mi mujer cree que Magdalena no puede ni debe casarse aún , y ademas quiere mi mujer que se case con quien tenga tanta fortuna como ella; yo, por nada del mundo he de contrariar la voluntad de mi mujer ; pero, por otra parte , con franqueza te digo que seria para mí una alegría tu matrimonio con mi hija...

—¡Ah! señor...

—¿Tú dices que la quieres?

—¡Oh! sí, señor.

—¿Y estarás dispuesto á hacer por ella todos los sacrificios?...

—Hasta el de mi vida.

—Pues el sacrificio que has de llevar á cabo es el de hacerte rico.

—No tengo gran vocacion , señor don Melchor; la riqueza no me seduce. Con poco sería yo feliz.

—Pero nuestra hija no lo sería: la hemos educado de un modo que necesita ser rica ahora y siempre para ser feliz.

—Es verdad.

—Su madre, hijo, su madre... En fin, es preciso que tú te cases con Magdalena , y por consiguiente, que te hagas una fortuna, y yo te voy á proporcionar los medios.

—Diga V., haré lo que V. quiera.

—Una de las casas más poderosas de banca de los Estados Unidos necesita un español distinguido, inteligente, honrado, instruido; en fin, te nece-

sita á tí, que reunes todas esas buenas cualidades.

—Es V. muy bueno conmigo.

—Se trata de establecer relaciones muy importantes con las repúblicas hispano-americanas, y tendrás de entrada doscientos duros al mes y participacion en los negocios que se hagan por medio de tu gestion y actividad. Yo tengo encargo de enviar allá ese afortunado mortal, y nada te habia querido decir por egoismo, por no separarme de tí; pero ahora ya es diferente; ahora tú no quieres seguir en nuestra casa, y me apresuro á ofrecerte esa buena proporcion de hacerte rico y volver á Madrid con el único *mérito* que te falta, en concepto de mi mujer, para ser digno esposo de nuestra hija querida. Estás cuatro ó cinco años por allá, y basta.

—¿Y en esos cuatro ó cinco años?

—En esos cuatro ó cinco años, yo quedo aquí encargado de mantener vivo en el pecho de Magdalena el amor que siente por tí, y te doy mi palabra de que cuando vuelvas la hallarás soltera. ¿Aceptas?

—Sí, señor, acepto.

—Pues entónces, dentro de cuatro dias emprendes el camino.

—Cuando V. lo ordene.

—Puedes hablar á Magdalena y decirle nuestra resolucion. Ella la aprobará. Yo soy el que más pierde con tu ausencia, porque ¿dónde voy á encontrar un hombre de tu inteligencia? Pero eso no importa, si así contribuyo á tu felicidad y á la de mi hija, porque estoy seguro de que mi hija seria feliz contigo.

Fernando persuadió pronto á Magdalena de la conveniencia de aquella separacion, y recibió de ella las más fervientes protestas de amor y fidelidad; estas dulces promesas levantaron su espíritu, le hicieron soñar un dichosísimo porvenir al lado de la mujer amada, y le dieron ánimo y esperauza.

El noble jóven partió con firme voluntad de volver á ofrecer á Magdalena un tesoro de amor y otro de dinero.

En la ausencia de su amado se vió por muchos solicitada la heredera del opulento capitalista; pero firme y fiel á su promesa, pensando siempre en su adorado Fernando, á ninguno dió oídos, por ninguno mostró preferencia, con gran contento de su padre, que seguia creyendo que con ninguno podia ser tan feliz como con el tenedor de libros.

Y ocurrió la muerte de la hermosa madre de Magdalena, y más tarde la de D. Melchor.

Magdalena quedó anonadada con este tremendo golpe.

¡Quedaba sola en el mundo!

Y no era esta la única desgracia que sobre ella pesaba.

Quedaba sola y pobre.

Y convendrá explicar brevemente al lector discreto cómo habia podido quedar pobre Magdalena.

D. Melchor habia sido muy afortunado en todos sus negocios; los millones se habian multiplicado en sus manos como en las de un prestidigitador los caramelos ó las cartas de la baraja; habia sido siempre

valiente y arrojado en toda empresa, y cien veces habia comprometido su fortuna en negocios problemáticos, y siempre su buena estrella se la habia trij licado; pero llegó un dia en que la fortuna le volvió la espalda, y aquel dia fué el de su ruina y su muerte repentina.

Un suceso, al parecer insignificante, la caída de un ministro, que era un pelele, y la subida de otro pelele en lugar del caído, habia dado al traste con la fortuna de D. Melchor, como si esta fortuna fuera un castillo de naipes que se deshace al soplo de un niño.

Y eso era, en efecto, la fortuna de D. Melchor, como basada en el azar, en la intriga, en el juego, que tan juego es la Bolsa como el monte.

Es claro que D. Melchor se hubiera repuesto de aquel descalabro; mas para reponerse era preciso que hubiese vivido.

Volvió á su casa aquel dia, funesto para él y para su hija, presa de la más profunda emocion, loco, aturdido, desesperado, y al llegar al umbral pensó en su hija, en su hija que le esperaba llena de felicidad y alegría; no quiso apenarla, y trató de disimular. El estado de su espíritu, la violencia que se hizo en presencia de su hija amada, la ira, el despecho, todo contribuyó á apresurar su fin.

Con predisposicion á esa implacable enfermedad que se llama apoplejia, de la que habia sufrido algun ataque, aquella tarde volvió á apoderarse de él, y ya hemos visto cómo hizo presa en su postrada naturaleza, sin dejarle un momento siquiera para despedir-

se de su hija, y para dar un eterno adios á las miserias del lujo y la opulencia, volviendo los ojos á Dios.

Los amigos del banquero cumplieron su deber al lado de Magdalena, acompañándola, sirviéndola, consolándola en tan grande infortunio; pero no pudieron evitar que la triste llegara á saber á los pocos días el estado en que la muerte de su padre la dejaba.

La fortuna de D. Melchor estaba en manos de todo el mundo; todo el mundo tenia derecho á su fortuna ménos su hija.

Toda aquella opulencia no era suya.

Un mes despues de la muerte de D. Melchor, Magdalena no tenia ya cuadros magníficos, ni suntuosos muebles, ni su posesion en Biarritz, ni su palacio del barrio de Salamanca, ni coches, ni caballos; no tenia más que algunas alhajas de su madre, y unos diez mil duros que le habia producido la venta de las suyas.

Tener esto no es realmente ser pobre; pero Magdalena no sólo se juzgaba pobre, se consideraba en la miseria.

Tenia para vivir, pero no podia vivir con lo que tenia.

La marquesa del Rosal, prima hermana de la madre de Magdalena, llevó á su casa á la huérfana, y la asistió cariñosamente en la enfermedad que tuvo á consecuencia de las desgracias que la fatalidad habia descargado sobre ella.

Y acaso habria muerto de dolor, si no hubiera habido en su corazon una esperanza: Fernando.

Fernando debía volver á fin de año de los Estados-Unidos.

Ella le escribiría que apresurase su vuelta.

Fernando la habia escrito muchas veces que sus negocios iban perfectamente , y en todas sus cartas le prometia las mayores felicidades.

Lo que debía sentir era la muerte de su padre querido ; en cuanto á su fortuna , Fernando vendria á ofrecer á sus piés otra más sólida , más segura.

¡Pobre Magdalena ! En medio de su infortunio, lo único que no habia perdido era la vanidad ; lo que precisamente habia de hacerla más desgraciada.

Si otra persona hubiese estado en aquellas circunstancias al lado de Magdalena, mucho habria podido influir con sus buenos consejos y sensatas reflexiones para cortar aquel vicio dominante en la hermosa huérfana ; pero la marquesa del Rosal no podia dar consejos contra un vicio que ella misma tenia.

En vez de combatirlo habia de estimularlo y alentarle de todas maneras.

Magdalena , bien aconsejada , hubiera hallado en la repentina ruina de su fortuna una enseñanza que le habria sido muy útil y conveniente, que habria modificado su carácter , haciéndola comprender que la vanidad es la pasión más miserable y mezquina de la flaca humanidad , y que sólo hay una vanidad estimable y provechosa : la de obrar bien.

Mas todo esto era griego para la marquesa de Rosal , cuyo retrato verá el lector en el capítulo siguiente.

III

La marquesa del Rosal.

Seguro estoy de que mis lectores de Madrid conocen á la marquesa del Rosal, porque mujer más conocida que ella no se encuentra en la corte de esta monarquía democrática, por una temporada.

Las personas que no la han conocido ántes de ser marquesa, creen sin duda que esta señora es una de las más ilustres representantes de la antigua nobleza española, al verla tan vana y altanera, porque tiene la buena de la marquesa toda la apariencia de una egregia matrona, de una de aquellas damas de quienes cuentan las crónicas altos hechos, y cuyas hazañas andan por ahí en dramas y leyendas.

Pero se equivocaria quien supusiera tan empingotada nobleza en la sin par marquesa, porque yo sé de buena tinta que es hija de un honrado alabardero

y de una no ménos honrada planchadora, y nieta por parte de padre de un portero de las Caballerizas reales, y de un zapatero remendon por parte de madre.

Casó con el marques del Rosal, miembro, aunque podrido de vicios, de la más pura aristocracia, y desde aquel momento renegó de su origen, y se aplicó á desempeñar su papel de dama principal con tal afan, que en verdad no habia en Madrid quien la igualara en soberbia y elegancia.

No era así su marido, hombre llano si los hay, que no se preocupaba de su nombre ni de sus títulos, y se reia grandemente de todas las aristocracias del mundo, prefiriendo el trato de los boleros, y sobre todo de las boleras del teatro, y unas *mollares* y unas *manchegas* á la más entonada y elegante reunion, y una cena en los *Andaluces* al más suntuoso banquete de Palacio. Gustábanle mucho las mujeres, las *jembras*, como él decia democráticamente, pero no las que vestian raso, encajes y terciopelo, sino las que usaban el modesto percal, el pañuelo en la cabeza, ó la mantilla de tira, y sobre todo las de vida airada. Estas eran su encanto, y muchas veces se le veia en la calle de Sevilla departiendo amistosamente con alguna moza buena ó mala, que á veces le decia *guason*, *chavó* y otras frases que, si no eran del mejor gusto, demostraban la confianza y cordialidad con que la buena moza distinguia al marques del Rosal.

En las reuniones de las gentes de su clase, rara vez se le veia; pero se le podia encontrar en casa del

Cabo, hombre de mucha fama, llamado así porque habia llegado á ese grado en la Milicia nacional, y hecho todo género de heroicidades, á fuer de patriota, que tenia una casita de juego en la plaza del Angel, ó en la partida del *Cuco*, que era otro empresario de *mon'e*, ó en la de la viuda de Garduña, que tambien tenia un poquito de juego en su casa, favorecida por las más empedernidas cucas de Madrid, y malas lenguas decian que tambien solia concurrir el marqués á la tienda de vinos del Sevillano, en la calle de Gitanos; establecimiento de gran fama por la singular habilidad con que el Sevillano componia, asaba y empanaba las chuletas y freia las calandrias, que era cosa de chuparse los dedos de puro gusto.

No sé en qué lugar conoció el marqués á Catalina Lopez, que así se llama la marquesa; enamoróse perdidamente de ella, y ella, que era muy ladina, supo capearle y marearle de tal modo que, sin pedir consejo á sus parientes, y ménos darles cuenta de su intento, se casó el marqués con Catalina una mañanita en la parroquia de San Márcos, con gran aplauso del barrio, donde era muy popular la desposada, y con gran escándalo de la aristocracia, tan mal representada por aquel loco de atar.

Y entónces fué cuando al marqués le dió gana de frecuentar la alta sociedad para presentar á su mujer. Parecia como que tenia empeño en mortificar y humillar á los de su propia clase.

Catalina fué recibida porque no habia otro remedio, toda vez que era la esposa legítima de uno de

los más nobles individuos de la grandeza, pero fué recibida con visible prevencion y significativo desden; y como Catalina, si bien no tenia nada de noble, tampoco tenia pelo de tonta, formó empeño en destruir aquella antipatía, y llegó al fin á conseguirlo, acreditándose de discreta y elegante.

En aquel matrimonio, ella, la hija del pueblo, parecia la noble aristócrata, la gran señora, y él, el ilustre vástago de la más linajuda nobleza, parecia un digno descendiente de una dinastía de traperos del Rastro.

Al año de casados, el marqués habia vuelto á sus aventuras callejeras y á sus amistades de *timba*; y Catalina Lopez era uno de los más preciados encantos de la sociedad de buen tono de la córte.

Un dia, tres años despues, el bueno del marqués del Rosal tuvo gusto en ir á ver traer unos toritos de Colmenar que habian de ser lidiados en la plaza, en una corrida extraordinaria, que traia, ántes de verificarse, entusiasmados á todos los aficionados, y por señas que á la puerta del despacho de billetes hubo tales apreturas que algunos quedaron mal parados. y un jóven murió materialmente ahogado entre la multitud.

Pues, como digo, fué el marqués á caballo con los encargados de traer los toritos desde el sitio de su nacimiento, y delante de los cabestros venia muy ufano, cuando el caballo, al ver un árbol más corpulento que los demas del camino, dió asustado un brinco, que tan descuidado cogió al jinete que en

el suelo dió con su cuerpo despedido de la silla como si hubiera sido un costal.

Cayó el marqués delante de los cabestros, que pasaron saltando sobre él y respetándole, como era su deber, pero uno de los toritos de Colmenar detúvose, le olió, y luego bajando la cabeza, dió una vuelta al marqués y siguió su camino.

Cuando levantaron al pobre hombre, vieron que tenia una herida en el costado, y que de la cabeza le salia abundante la sangre.

Y el dia de la corrida extraordinaria, Catalina, que habia confeccionado y regalado la divisa más elegante que se vió en la plaza, la misma precisamente con que fué engalanado el toro de que habia sido víctima el marqués, quedaba viuda y dueña de sus acciones, bien que nunca habia dejado de ser esto último, toda vez que su marido vivió en completa libertad y muy contento con que su mujer tambien gozara del mismo beneficio.

La marquesa heredó á su marido; este habia hecho testamento en los primeros dias de su matrimonio, no porque pensara morir, sino por dar una prueba de su afecto á la esposa, y considerando acaso que cuando él se muriera ya no tendria un cuarto: tal era el desarreglo en que vivia.

Tenia el marqués muchas deudas, y en el más completo desórden sus asuntos. Catalina puso órden en todo, pagó lo que debia su marido, y le quedó despues una renta de treinta mil reales, poco para la posicion de la marquesa en la sociedad, pero lo su-

ficiente para una mujer como ella, que podia sostener su rango con muchísimo ménos que otra, gracias á su sistema de vida, que explicaré si al lector no le parece pesada la lectura de estas páginas.

La marquesa era recibida en todas partes, y no sólo recibida, sino estimada y agasajada por todo el mundo. Su amistad era codiciada por las principales damas, porque habia tenido el singular acierto de hacerse amable y simpática para todas. Estudiaba el carácter de sus amigas y ponía todo su empeño en halagar los gustos y aficiones de cada una, con lo cual siempre estaba acorde con todas, y todas se hacian lenguas de su talento, prudencia y discrecion.

Era una mujer que sabia vivir.

Y tanto sabia vivir, que vivia á costa de los demas.

Cada dia de la semana comia en una de las casas de la aristocracia, todas las tardes paseaba en coche ajeno por la Castellana, y cuando lo necesitaba á otra hora no tenia más que hacer que pedirlo á alguna de sus amigas; en todos los teatros tenia sitio de preferencia en los palcos de las más opulentas familias; de modo que su renta le bastaba para vestir y pagar á sus doncellas, y aún ahorraaba dinero.

La duquesa de las Lilas la llevaba en Agosto y Setiembre á su *chalet* de Biarritz, y ántes pasaba Junio y Julio en la villa de los condes del Ramo Verde, y era de todas las fiestas, de todas las expediciones, luciendo más que ninguna, y todo sin gastar una peseta.

Vea el lector si sabia vivir Catalina Lopez.

La vanidad de la marquesa estaba satisfecha.

Ocupaba uno de los primeros puestos en lo que se llama el gran mundo.

Con esta señora fué á vivir la huérfana.

La marquesa vivía en la antigua casa de la familia de su marido, una casa destartada, irregular, fea, pero que tenía todo el sello de la antigua nobleza, con su escudo de armas sobre la puerta y sobre los balcones: todo transeunte, al pasar, si reparaba en aquella casa, decía: Aquí vive un grande.

Por nada del mundo hubiera cambiado la marquesa aquella casa, que, vendida, podría haberla producido para comprar otra moderna, y aún hubiese quedado mucho dinero. Aquella antigüedad halagaba mucho su vanidad.

Una tarde, restablecida ya de su enfermedad la hermosa Magdalena, la marquesa la habló en estos términos:

—Querida mía, es preciso que procures lanzar de tí esa melancolía que tanto me apena.

—Tía, mi desgracia es muy grande.

—Sí, hija mía, muy grande; pero hay que tener conformidad y valor, y no abandonarse á la tristeza y al desaliento.

—Mi pobre padre.

—¡Pobre! Dios le tenga en la gloria; pero confiesa que su abandono no tiene disculpa. Teniendo una hija acostumbrada á todos los favores de la suerte, debía haber pensado algo más en tí; debía no haber comprometido toda su fortuna: debía haber hecho tu

parte, y haberlo todo previsto para que, á su muerte, no te hallaras en la calle.

—La muerte le sorprendió.

—Un hombre que tiene familia que le sobreviva, no debe ser sorprendido por la muerte; debe adelantarse á asegurar el porvenir de sus hijos.

—¡Ay, tia! ser pobre, ¡qué horrible despertar!... ¿Qué he hecho yo para que Dios me castigue así?...

—No desesperes, Magdalena; eres jóven, eres bella, tienes talento, y puedes hacer un casamiento ventajoso.

—¡Ah!... ¡Fernando!... El es ya mi única esperanza.

—¿Fernando es aquel secretario de tu padre?...

—Sí, tia mia; Fernando me ama sobre todas las cosas de este mundo, y cuando sepa el estado en que me hallo, estoy segura de que volverá apresuradamente á ofrecerme su fortuna y su nombre.

—¿Y sabes que tiene fortuna?...

—Sí, tia; cien veces me ha escrito que sus negocios van muy bien.

—¿Y si volviera pobre?...

—¡Ah! ¡qué idea!... Seria horrible.

—Pues, hija mia, no seria eso imposible; esos hombres de negocios son terribles. Confiados en su fortuna ó en su habilidad, comprometen su fortuna cien veces, y... cuántos he conocido yo que se han quedado pobres, y ¡cuántas familias se ven en la mayor miseria por la imprudencia de uno de esos hombres!

—Fernando es sumamente juicioso. Si él hubiera

estado en Madrid, mi padre no habria muerto acaso; él con su prevision, como otras veces, hubiese evitado que mi padre hiciera nada que pudiese arruinarle.

—En fin, hay que resignarse, y tener confianza y valor.

—¡Yo reducida á la pobreza!

—No será esa tu suerte si oyes mi consejo y te dejas guiar por mí. Tú puedes hacer un casamiento ventajoso.

—Tia, yo me casaré con Fernando.

—¿Qué sabes tú?

—Por Dios, tia, él es mi prometido; mi padre aprobaba este enlace, y si Fernando se decidió á pasar á los Estados-Unidos fué porque llevaba la seguridad de mi amor, y de que yo esperaria su regreso.

—Pero, ¿quién sabe lo que puede suceder?... Las circunstancias influyen mucho en todos los actos de la vida. Tu prometido me pareció siempre un poco excéntrico.

—Es el más noble y honrado de los hombres.

—No lo niego; pero hay hombres muy honrados y muy extravagantes, sin embargo. Nunca le vi en las reuniones de tu casa, ni en los teatros...

—Tiene un carácter un poco reservado, y además trabajaba asiduamente siempre.

—Recuerdo que tu mamá no veía con gusto tu amor á Fernando.

—Porque mamá queria para mí un príncipe á lo ménos; su cariño maternal era tan grande que todo le parecia poco para mí.

—Un príncipe no, pero desearia una noble alianza; tu casamiento con algun grande de España; por ejemplo, el hijo del marqués de la Azucena, que tan enamorado estuvo y está de tí.

—Tia, Fernando es mi primer amor.

—¡Ay, Magdalena! ¡si vieras qué pocas mujeres se casan con su primer amor!...

—Tia, me va V. á entristecer más...

—Dios me libre; no hablemos del asunto ahora. Lo preciso es que te restablezcas enteramente, que recobres tus bellos colores y tu hechicera sonrisa, y que vuelva tu D. Fernando pronto. Pero ha de volver rico, porque yo no permito que te cases con un pobretón. ¿Te casarias tú con un pobre, con uno todavía más pobre que tú?

—Tia...

—Contesta.

Magdalena iba acaso á contestar que no, pero no se atrevió.

—No sé, dijo, no hablemos de eso, tia. ¡Ay! ¿cuándo volverá Fernando?

Y pregunto yo.

¿Tendria la marquesa del Rosal algun motivo de aversion ó antipatía hácia Fernando?

VI

Magdalena á Fernando, y Fernando á Magdalena.

Magdalena escribió á Fernando para darle la infausta noticia de la muerte de D. Melchor, y Fernando se apresuró á contestar expresando todo el sentimiento que le habia causado tan inesperada desgracia, y haciendo protestas más apasionadas que nunca de su amor á la huérfana.

Cuando esta supo el estado á que la dejaba reducida la muerte repentina de su padre, volvió á escribir á Fernando.

Conveniente me parece copiar aquí la carta escrita por Magdalena, y la contestacion de Fernando.

Hé aquí la primera:

«Mi querido Fernando: Ya estoy mejor, mejor de salud, pero en el estado de abatimiento y tristeza que puedes suponer cuando sepas toda la extension de mi desgracia.

»Al perder á mi muy querido y amante padre, lo he perdido todo, todo; en una palabra, he quedado pobre.

»Mi padre no tuvo tiempo de hacer testamento; no ha podido poner en órden sus asuntos, y ha resultado que debia enormes sumas, y han de pagarse con lo que tenia en bienes y efectos, porque en efectivo poco ó nada habia en casa á su muerte.

»Nuestra casa, aquella hermosa casa del barrio de Salamanca, con tanto gusto adornada por mi pobre mamá, donde están todas las alegrías, todos los recuerdos de mi risueña infancia, ya no me pertenece. Por compasion, sin duda, me han dejado conservar mi piano y algun otro objeto. Lo demas todo es ya de alguno más afortunado.

»Ahora vivo en casa ajena, en la de mi tia la marquesa del Rosal, una casa antigua, triste, en la calle de Segovia, que seria un sitio muy aristocrático en el siglo XVII, pero ahora es una calle de las más extraviadas, frecuentada por carreteros y lavanderas, y cada vez que me ocurre asomarme á la ventana, lo primero que veo pasar es un entierro, como que es camino para los cementerios. Mi tia ha formado empeño en vivir siempre en esa casa, precisamente por su apariencia de antigua nobleza, pero te aseguro que es una triste vivienda, y mucho más para mí, porque no puedo ménos de considerar la diferencia que hay entre este palacio severo, viejo, agrietado, sombrío, y mi linda, alegre, elegante y encantadora casa de las afueras de la puerta de Alcalá.

»¡Cuánto desearia volver á adquirir aquella casa, amado Fernando!

»Es triste, muy triste verse pobre, quien ayer era considerada la más rica de la córte, compadecida la que fué envidiada. Si tu amor y los cuidados y cariñosa solicitud de la marquesa no me dieran esperanza y aliento, pronto seguiria al sepulcro á mi pobre padre.

»La marquesa se empeña en que salgamos á pasear algunos ratos por las afueras, y salimos en uno de los coches de los marqueses de la Azucena, que lo han puesto enteramente á nuestra disposicion. Y me da una pena acordarme de mi linda carretela, de mi ligera victoria... ¡Pasear en coche prestado la que los tuvo propios!... Tú, amado Fernando, eres mejor que yo, y acaso encontrarás en lo que te digo algo de vanidad... Tú sabes cómo he sido educada y me disculparás, comprendiendo cuán penoso es pasar de aquella vida dulce, dichosa y regalada á estas estrecheces y amarguras.

»Vuelve pronto, por Dios, vuelve á consolar, á fortalecer á tu amada,—*Magdalena.*»

A esta carta dió Fernando la correspondiente contestacion, por la cual conocerá el lector el carácter del noble jóven, que ha de ser una de las principales figuras de esta narracion:

«Mi amada Magdalena: Recibí tu carta con ansia esperada, y mil veces he besado tu nombre, tan dulce y tan grato para mí. Gran pena me causa tu tristeza, y ¡ojalá hubiese podido volar á consolarte! pero

tengo solemne compromiso de estar en Nueva-York ocho meses todavía, y es de tal naturaleza este compromiso, que nada puede relevarme de su cumplimiento. Está empeñada mi palabra de honor.

»Todavía no he vuelto de mi dolorosa sorpresa por la muerte de tu pobre padre, que tanto me quería y á quien tanta gratitud debo. Todos los dias uno en mis oraciones, porque yo, aunque jóven y liberal como el que más, no he perdido la costumbre de rezar, los respetables nombres de tus padres y los de los desventurados míos, que tan pronto perdí. Ellos bendecirán desde el cielo nuestra union, Magdalena mia.

»Me dices en tu última carta que te has quedado pobre.

»Comprendo tu pena; has sido una niña mimada por tus padres, dueña de todos los bienes de la fortuna, educada en el lujo, en el fausto, acostumbrada á la sociedad de los dichosos, y sin conocer privacion alguna, sin verlas á tu alrededor, sin saber acaso que hay pobres en el mundo, y es natural, es lógica tu dolorosa sorpresa al hallarte, no pobre, porque pobre no estás aún, sino privada de todo lo que constituye la opulencia, el fausto, la grandeza.

»Eso no vale nada, Magdalena; ya has visto que todo ese lujo, toda esa opulencia que echas de ménos no dan la felicidad, ¡qué la han de dar!... Al contrario; esos bienes que lloras perdidos causan ahora tu desgracia, tu dolor, tu tristeza. Yo de mí sé decirte que en nada estimo esas riquezas, esas vanidades del

mundo, y creo que la reflexion y el tiempo te han de hacer pensar lo mismo que yo pienso. Te haria una injuria, si no lo creyera así, si dudase de tus hermosos sentimientos.

»Repito que tu sorpresa y tu dolor son naturales, tan naturales como serian el asombro y la alegría del que pobre y miserable hoy, amaneciera mañana rico, grande, opulento, rodeado de comodidades y de adaladores.

»Llora la muerte de tu buen padre, que esa es la desgracia real y verdadera que pesa sobre tí; pero, por Dios, no llores por esas futilidades del lujo, por esa ostentacion que es un sueño, una ilusion en este valle de lágrimas; no llores por haber perdido la admiracion de gente superficial y poco dada á pensar, y ten más orgullo en ser pobre que en haber sido rica.

»Tu padre ha muerto y ha dejado bastante para pagar lo que debia; pues eso debe satisfacerte, eso debe consolarte de tu pobreza. Los tontos y las envidiosas no admirarán tus joyas, tus riquísimos trajes, tus coches y tus caballos; pero las personas de juicio admirarán tu noble carácter, tu virtud, si ven que llevas dignamente la corona de la honrada pobreza.

»Más te quiero, más, y parecia imposible que te pudiera querer más, ahora que me dices que estás pobre, y voy á ser franco y sincero contigo: si no fuera porque tu estado es consecuencia de la muerte de tu padre, de mi venerado amigo y protector, te diria que me alegro de que estés pobre.

»Así lo deberás todo á mí, á mi amor inextinguible,

y yo seré mucho más feliz, porque trabajaré más, porque todo mi afán será hacerte dulce la existencia á mi lado. Y si tú me amas, participarás de ese orgullo legítimo que tendré cuando te vea dichosa.

»Yo te juro que verte dichosa es mi pensamiento constante, y que he de procurar conseguirlo.

»Esto es egoismo puro, pero egoismo plausible, porque siendo tú dichosa lo seré yo.

»¿Quieres consolarte tú misma de ser pobre?... Pues yo te voy á decir los medios que has de emplear para lograrlo.

»Visita á los pobres.

»Tu buena madre y tú repartíais muchas limosnas, ya lo sé, pero lo hacíais enviando los socorros á personas que os escribían pidiéndolos, ó contribuíais al aumento de los fondos de Beneficencia, tomando parte en suscripciones, aceptando localidades para funciones destinadas á un objeto caritativo, pidiendo en las iglesias en Semana Santa; es decir, que no veíais á los pobres á quienes consagrábais sumas bastante considerables.

»Ahora acaso no puedes hacer eso, no les puedes dar tanto como les dabas ántes, pero puedes visitarlos, puedes socorrerlos con poco, y te lo agradecerán mucho más, porque, si el socorro es corto, en cambio serán de grandísimo valor unas palabras tuyas de consuelo y caridad.

»Contemplando de cerca las desgracias ajenas, es como se aprende á conocer y apreciar la extension de las propias.

»Cuando veas una madre rodeada de niños desnudos, y le des una parte de tu ropa inservible, verás cómo lo agradece y cómo te bendice.

»El anciano enfermo, que se está muriendo de hambre en una guardilla, solo, sin un hijo, sin un amigo, ¡qué gran consuelo recibirá si ve llegar á su lado un ángel como tú, que le habla cariñosamente, que le devuelve la fe que acaso habia perdido, que le ofrece con amor una taza de caldo!

»La pobre niña que en una noche de horrible invierno pide una limosna al indiferente transeunte, poniendo los delicados pies sobre la nieve, aterida de frio, muriendo de angustia, ¡qué alegría recibirá cuando te vea llegar y entregarle unos zapatos viejos, una camisa usada y una moneda de cobre!...

»La marquesa del Rosal, con quien me dices que vives, es, segun tengo entendido, de alguna de esas asociaciones caritativas, cuyos esfuerzos en favor de los desvalidos tanto honran á las damas españolas; ella podrá llevarte á ver de cerca la miseria, y ante este espectáculo yo te aseguro que hallarás ménos grande tu infortunio, y tu noble y tierno corazón sentirá los más dulces y generosos afectos, y rechazará como cosa baladí toda idea de pueril vanidad y miserable orgullo.

»Yo he visto muchos infortunios en España, y los he visto aquí tambien, en esta maravillosa ciudad de la riqueza más poderosa; los he visto en medio de los mares, y he aprendido, por mi bién, á despreciar las riquezas, y á comprender que son una cosa muy

secundaria para la verdadera felicidad. He visto hundirse en un segundo las más altas vanidades de la tierra, he visto la humillacion de muchos poderosos, pero nunca he visto, Magdalena mia, hundirse la humildad ni humillarse ante nada la virtud.

»Para otra que no tuviese tu claro talento y tus hidalgos sentimientos, esta carta seria un sermón enojoso; para tí estoy seguro de que será agradable y consoladora.

»Ella te hace conocer mis ideas, mi carácter.

»Si la suerte me favorece y soy lo que se llama rico, apreciaré el favor, y procuraré emplear dignamente en el bien mis riquezas, sin vanidad ni orgullo.

»Si, por el contrario, he de ser pobre, no me abatirá, está segura de ello, la pobreza, ni envidiaré á quien haya sido más favorecido, ni tampoco me humillará mi poca fortuna.

»Salud para trabajar, fe en Dios, y ánimo fuerte para cumplir todos los deberes; hé aquí lo que yo deseo tener siempre.

»¿Aprobarás tú estas ideas? Dudarlo siquiera seria ofenderte, y no puede ofenderte quien te ama sobre todas las cosas de este mundo.

»Adios, Magdalena querida; todos los correos recibirás carta mia, y llegue pronto el dia en que pueda estrechar tu mano y decirte cuánto te amo.

»Adios, otra vez, mi siempre amada Magdalena. Dios te bendiga y nos conceda largos dias de amor y felicidad. — Tu *Fernando*.»

Magdalena leyó muchas veces esta carta, y halló en su lectura consuelo y esperanza.

Las reflexiones de Fernando le parecían muy dignas de ser atendidas, y comprendía que aquellas ideas, tan sencillamente expresadas, eran mucho más juiciosas que las de la marquesa.

—¿Has recibido carta de tu Fernando? le preguntó esta.

—Sí, tía, una carta que prueba, como todas, su amor y su buen corazón. ¿Quiere V. leerla?...

—No tengo empeño.

—Yo sí quiero que la oiga V.

—Como quieras.

Magdalena leyó la carta, que la marquesa oyó con atención.

—¿Qué le parece á V.?...

—Sí, sí, me parece un buen muchacho tu Fernando, lo que se llama un buen muchacho; pero hay en esa carta algo que...

—¿Qué?... No puede ser más cariñosa.

—Sí, sí, muy cariñosa... y no está mal puesta, no; pero tiene así como cierta intención...

—¿Intención de qué?...

—Parece una lección.

—¿Una lección?...

—Sí, hija, sí... todas las ideas que expresa son buenas y honradas, pero... en fin, ya te he dicho que tu prometido me parece un poco extravagante. Debe ser refractario á los usos y costumbres del gran mundo, del buen tono... un hombre de bien, eso no se lo

niego, pero no un jóven brillante, distinguido, uno de esos jóvenes que se imponen á la sociedad, que asaltan los primeros puestos de la política, que son cuando quieren embajadores, ministros... Un jóven así hubiera querido tu madre para tí; muchas veces hablamos de ello.

Y Magdalena se quedaba pensativa despues de oir á su tía la marquesa del Rosal. Vea el lector cuánto se habia aristocratizado Catalina Lopez.

El honrado alabardero que le dió el ser no habria conocido á su hija, si le hubiera permitido Dios resucitar para que tuviera el gusto de verla.

Y verdaderamente era singular que la que se crió en medio del pueblo, en una casa de vecindad de la calle de Amanuel, sin haber aprendido siquiera á leer, hubiese llegado luego á parecer una señora sumamente discreta é ilustrada, con razon considerada como una de las más distinguidas de Madrid.

Catalina Lopez hubiera sido una actriz eminentísima que habria vuelto loco al ilustrado público.

Donde el lector conoce á unas señoras.

Causó en Madrid gran sensacion la repentina muerte de D. Melchor; pero mayor la produjo la noticia de que D. Melchor no tenia una peseta suya.

Todo el mundo compadeció al pobre hombre en su muerte; pero luego que se supo que habia muerto completamente tronado, entónces todo el mundo se volvió contra él, y los mismos que le ensalzaban cuando vivo y cuando muerto, miéntras le creyeron millonario, le deprimieron é insultaron no bien supieron el chasco que les habia dado.

Durante muchos dias no se habló de otra cosa en Madrid que de D. Melchor.

Esta sociedad, entusiasta del Exito, es implacable con los mismos á quienes ha sublimado, cuando los ve caidos y maltrechos.

Decíase que D. Melchor había derrochado su fortuna y la ajena sosteniendo con todo lujo mujeres aventureras, y hasta señalaban los maldicientes á las que suponían que habían sido odaliscas de aquel sultan.

Asegurábase que su muerte no había sido producida por enfermedad, sino que en su propia casa habíaela dado un padre de familia arruinado por el terrible banquero, y otros decían que D. Melchor se había suicidado al saber que iba á ser conducido al Saladero.

Contábase el gran número de familias que habían quedado arruinadas por su culpa, y con la mayor desfachatez aseguraba que le había cogido mil duros D. Melchor, el que no los habría visto en toda su vida.

Por supuesto, se le acusaba de haber hecho negocios sucios con los gobiernos, de haber comprado, sin pagarlos, no sé cuántos bienes nacionales, de haber tenido á su cargo muchas contratas de servicios públicos con grave daño de los intereses del Estado.

En fin, á dar crédito á los detractores de D. Melchor, que no eran otros que sus antiguos aduladores, el desventurado padre de Magdalena había sido más ladrón que Caco, y era de oír con qué elocuencia encarecían la moralidad, la probidad y la honradez los mismos que eran capaces de hacer las mayores picardías del mundo, y que acaso debieron grandes favores á D. Melchor, hombre pródigo y generoso en extremo.

D. Melchor no merecia, en verdad, que la calumnia se cebase en él despues de su muerte, porque no habia arruinado á nadie, ni habia tenido vicios, ni habia ofendido á ninguno de los que le quitaban el pellejo.

El pobre hombre únicamente habia arruinado á su hija.

Las mujeres aparentaron sentir la desgracia que pesaba sobre esta; pero la consideracion de que la suerte les habia librado de una rival poderosa, que parecia invencible, no dejaba de halagar á las damas y damiselas del gran mundo.

Ya no seria Magdalena la que más lujo ostentase en su tren en la Castellana; ya no seria ella la que en su palco del Real atrajese todas las miradas, preocupando lo mismo á los jóvenes á la moda que á los hombres políticos, que á los más encopetados personajes de la aristocrocia; ya no seria la reina de los salones y de la moda; ya no se oiria, como ántes, en todas partes, cantar alabanzas y loores de la hermosa, de la riquísima, de la incomparable Magdalena.

La vanidad de las damas y damiselas del gran mundo se enorgullecia de aquel triunfo sobre la vanidad de Magdalena.

¡Como si su vanidad no estuviera tambien expuesta á todo género de contingencias y eventualidades; como si pudiera haber en el mundo persona alguna libre de los caprichos de la suerte; como si hubiera en esta miserable vida humana algo que no sea frágil y perecedero!

Magdalena recibia muchas visitas en casa de la marquesa del Rosal; sus amigas iban, hipócritas, á manifestarle sus simpatías y prodigarle sus consuelos; en realidad iban á ver qué figura hacia la triste abandonada de la fortuna, la reina destronada y vencida por el infortunio.

Y Magdalena, en lugar de manifestar noble entereza, calma, tranquilidad en aquella situacion, aparecia apenada, triste, inconsolable, y dejaba ver claramente qué profunda herida habia hecho en su alma la pérdida de sus galas, y qué arraigada estaba en ella la funesta pasion de la vanidad.

Nadie le hablaba de su pobre padre, nadie de su amorosa madre; todos le hablaban del lujo, de las reuniones, de las fiestas aristocráticas, de las bodas que se concertaban ó se verificaban en la alta sociedad; de todo aquello que no le importaba, que no le debia importar á Magdalena.

Los jueves á primera hora de la noche se reunian en casa de la marquesa del Rosal las amigas de esta.

Allí concurría la de la Azucena, señora muy rica, americana, y muy fea, con su hija, que tambien era bastante feíta, sin poderlo remediar, y, aunque tenia un lujo escandaloso, no podía conseguir parecer ménos fea de lo que era; esta niña de diez y ocho años tenia el alma fea tambien, como que la envidia se habia apoderado de ella, y no podia perdonar á Magdalena la hermosura. Otra de las favorecedoras de la casa *solariega* de Catalina Lopez era la vizcondesa del Tronco, una gran señora, alta, seca, mal encarada,

gran política, absolutista intransigente, cuyo bello ideal era ver ahorcar, ó saber que cada dia era ahorcado algun pechero; fanática admiradora de la Inquisicion, cuya benéfica institucion echaba de ménos; siempre seria, siempre grave, siempre á la altura de sus circunstancias.

Acaso el lector extrañe que dama tan linajuda fuese amiga de una Catalina Lopez, aristócrata de ocasion; pero esto se explica, porque la del Rosal habia tenido el talento de hacerse simpática á la noble y poderosa señora, manifestando completa conformidad con las rancias ideas que la distinguian; y como esta conformidad de ideas solamente la hallaba en Catalina, no era extraño que la creyera por todo extremo digna de su amistad. Además, la marquesa del Rosal habia manifestado á su nobilísima y empingotada amiga que tenia sus sospechas de que en su nacimiento habia habido algun misterio, y este misterio podia ser que fuera ella hija de personas de elevado rango, y que el alabardero y la planchadora hubiesen sido sus padres fingidos, no más. La del Tronco, que era en extremo aficionada á estas historias, habia pensado mucho en la que le refirió la del Rosal, y las conjeturas de esta eran para ella completa realidad.

¿Quién sabe, pensaba la espetada señorona, si Catalina será hija de nuestro amado difunto rey?... Los reyes tienen tambien sus pasiones, y mil ejemplos hay en la historia... Y eso de que el padre aparente de mi amiga haya sido un alabardero, es

un indicio vehementísimo. Acaso el alabardero, estando una noche de guardia, inmóvil como una estatua, velando por sus reyes, recibiría ese precioso depósito... Ello es que es imposible que una mujer de su talento, de sus elevadas ideas, de sus nobles impulsos sea hija de un pobre soldado. Por sus venas no circula sangre plebeya, y esto lo conozco en la impresión que me causa su presencia, en el encanto que encuentro en sus palabras, en la dignidad que resplandece en su fisonomía, en su noble ademán, en sus ideas impropias de un ser nacido en medio del pueblo, ó, mejor dicho, del populacho.

Para Catalina había sido una buena fortuna lograr el afecto de la del Tronco, porque cuando las demás grandes señoras vieron que aquella la estimaba y la distinguía tanto, creyeron que ellas también podían estimarla y distinguirla, porque en punto á elegir amistades, la vizcondesa era severísima, como en todo, y no concedía la suya más que á personas bajo todos conceptos irreprochables.

La condesa del Fresno era también muy amiga de la marquesa del Rosal, y no faltaba ningún jueves á pasar las dos horitas de reunión en la casa de la calle de Segovia.

Estaba separada de su marido, que pasaba en París la mayor parte del año, y entretería la buena señora sus ocios averiguando vidas ajenas, haciendo visitas, y hablando pestes de su marido, que, en efecto, no era un modelo de fidelidad conyugal.

Y completaban la reunión otras señoras muy co-

nocidas en la buena sociedad, cuyos caracteres ofrecían bastantes diferencias, pero todos coincidían en un punto: en la vanidad.

Hé aquí su conversacion un jueves, algunos meses despues de la muerte de D. Melchor:

—¡Qué pena me da, decia la hija de la marquesa de la Azucena hablando con la triste Magdalena, ver tu palco del teatro Real, que lo han tomado ahora las de Rayo, ese advenedizo que se ha hecho rico en América, y que son más burlonas!... La otra noche las presentaron en el baile de la duquesa del Surco, y se acreditaron de impertinentes y fastidiosas. Una de ellas cantó con una voz tan lacrimosa que daba ganas de llorar oirla. Pero como tienen tanto dinero, todos estaban entusiasmados con ellas...

—Los grandes, observó la del Tronco, se han empequeñecido mucho. Por eso se atreven á invadir nuestras casas esas personas de dudosos antecedentes, como el Sr. Rayo...

—Dios sabe lo que habrá sido ese Rayo en América, dijo la marquesa de la Azucena...

—Habrá sido mercader ó cosa por el estilo, añadió la del Tronco.

—Cuando pases el luto, Magdalena, es preciso que recobres tu palco, y lances de allí á las de Rayo, añadió Rosalía, que así se llamaba la hija de la marquesa de la Azucena.

Esto, dicho con el tono más cariñoso, era un dardo lanzado alevosamente contra la herida vanidad de Magdalena.

—Yo no voy al teatro Real, dijo la del Tronco, porque esos bailes de sílfides que se ven allí no me parecen decorosos. Aquellas infelices salen casi desnudas. Se ha perdido el decoro en el teatro, como en todas partes.

—Tampoco á mi me gusta ver esos bailes, añadió la del Fresno, no porque salgan aquellas jóvenes más ó ménos vestidas, sino porque me recuerdan las aficiones de mi señor marido.

—El conde, observó la del Tronco, se olvida de su clase y de sus nobles ascendientes... ¿Dónde está ahora ese gran calavera?...

—En Paris, amiga mia, en Paris; es el jefe y pagador de la *claque* que en el *Chatelet* aplaude á madame Saltini, una italiana que baila los imposibles. Más vale que esté por allá, porque á lo ménos no le veo desde mi palco aplaudir y echar ramos á algunas de esas sílfides.

—Hay hombres de unos instintos singulares, observó la de la Azucena.

—En ese punto, añadió la del Rosal, mi difunto esposo dejaba atrás á todos los hombres.

—Y este año, ¿no sales á baños? preguntó Rosalía á Magdalena; ahora necesitas más que nunca distraerte.

—Sí saldrá, se apresuró á contestar la marquesa del Rosal, conociendo la aviesa intencion de la fea envidiosa.

—Mamá quiere, prosiguió esta, que vayamos este verano á Suiza; acaso papá compre un *chalet* allí, por-

que los médicos dicen que á mí me convendrá pasar algunos meses en aquel clima. La *ville* de Biarritz, que compramos hace tres años, no me gusta ya; un banquero judío de Burdeos ha hecho otra enfrente, y nos ha quitado las mejores vistas. Yo quiero que papá venda esa posesion, pero mi hermano Rafael no quiere. Me parece á mí que le gusta una ñe las hijas del judío.

Este Rafael era el mismo á quien se referia la marquesa del Rosal en su conversacion con Magdalena, de que se ha hecho mencion en el capítulo anterior.

Rafael habia estado muy enamorado de Magdalena, y aún lo estaba, y su hermana creia que la noticia de que á Rafael le agradaba otra habia de mortificar á Magdalena. Por esto únicamente se lo decia con su acostumbrada mala intencion.

La muchacha era una víbora.

Por fortuna, Magdalena no habia pensado nunca en Rafael ni le habia hecho concebir esperanzas.

—Mi hermano, continuó la fea, se irá este año á la posesion de Biarritz, y nosotras con papá á Paris quince dias para equiparnos, porque en Madrid, hija, no puede una vestirse, y luego á Suiza. Tú, ¿á dónde piensas ir?

—No sé todavía lo que dispondrá mi tia; ahora ella es mi única familia.

—Irá, se apresuró á decir la marquesa, á donde quiera, á Dieppe, ó á Arcachon, ó á donde mejor le parezca.

— El otro dia, prosiguió la viborilla, te iba á decir, y se me pasó, que si te gusta la carretela que te enviamos todos los dias; si prefieres el *clarens*, dilo; ahora ha comprado papá otro coche, y puedes elegir á tu gusto. Nunca serán tan buenos como los que tú usabas...

— Vamos, niña, dice la marquesa de la Azucena, queriendo atajar á su hija, que se complacia en martirizar á Magdalena, vamos, que tenemos que vestirnos para el baile de la embajada.

Y poco despues salen la marquesa y su hija, despues de haber abrazado y besado esta con grandes extremos de cariño á Magdalena.

La huérfana, al verse sola con su tia, rompió á llorar con la mayor amargura.

—¿Por qué lloras, hija mia? le pregunta.

—¿No ha oido V. á Rosalía?

—Sí, la he oido; es una envidiosa.

—¡Ah! tiene mal corazon, se goza en mortificarme, en humillarme.

—Discúlpala; la pobre no tiene otro recurso.

—¿Por qué me odia tanto? porque ella me odia sin duda.

—Porque es fea, hija, y tú eres hermosa.

—Tia, desde mañana quiero que no aceptemos el carruaje que sus padres nos envian.

—Eso sí que no lo podemos hacer; seria hacer un desaire á esos señores, y yo tengo por regla de conducta estar bien con todo el mundo.

—Pues yo no saldré en su coche.

—Sí, Magdalena; no hagas caso de la ruin envidia de esa niña mal criada, y considera lo que sufre la pobre viéndose tan afortunada y tan desgraciada á la vez; afortunada porque es inmensamente, rica y desgraciada porque es tan fea. Ella no puede perdonarte que seas bella, y te odia.

—¡Oh! cuando vuelva Fernando, he de vengarme de ella.

—Mejor te vengarías casándote con su hermano.

—¡Oh! no.

—Rafael es millonario; tú no sabes el dinero que tiene esa familia.

—No, no; Rafael no vale lo que Fernando. ¡Oh! si yo puedo humillar á Rosalía, si yo puedo tener otra vez lo que he tenido hasta la muerte de mi padre...

—¡Ojalá! yo te ayudaré á conquistar la posicion que merecen tu talento y tu hermosura.

—Tia, ha dicho V. ántes que iremos á los baños; ¿cómo he de ir?...

—Mira, aún tengo algunos ahorros para darte ese gusto. Es preciso que te distraigas y fortalezcas tu salud, y que no te crean tan pobre que has de renunciar á satisfacer esa necesidad. Iremos á los baños, y haremos que se dude, por lo ménos, que has quedado en poco favorable situacion de fortuna.

En este mundo, hija mia, la apariencia es una gran cosa.

VI

La casa de la calle de Segovia.

Han pasado tres meses.

Magdalena y la marquesa han estado en los baños y ya han vuelto á Madrid.

El coche que desde la estacion las conduce á casa de la marquesa se detiene ántes de llegar delante del portal, no por otra cosa sino porque no puede pasar más adelante; se lo impiden unos carros que ocupan todo el ancho de la calle.

Las dos señoras tienen que apearse, y se ven envueltas en una nube de polvo.

—¡Jesus! ¿qué es esto? exclama la marquesa, ¿qué obra es esta enfrente de casa?...

Y corriendo se dirigen á la suya.

La marquesa, cuando la doncella abre los balcones del gabinete, no puede ménos de exclamar admirada, mirando desde detras de los cristales:

—Pero, señor, ¿qué están haciendo ahí?...

—Si V. E. quiere, preguntaré al portero, dice la doncella, tan admirada como su señora, porque también ha venido con esta de los baños, y por consiguiente no tenía noticia de que hubiese aquella novedad en la calle de Segovia.

—Sí, sí, pregúntele V. Eso es un palacio.

—Un palacio encantado, observa Magdalena, porque hace poco no había tal palacio.

—Lo que había, señorita, añade la doncella, era un casaron deshabitado...

—Yo tengo mucha curiosidad, dice la marquesa; llame V. al portero ahora mismo, para que nos saque de dudas.

El portero, con su leviton bastante raído ya y su gorra en la mano, sube apresurado.

—Acérquese V., Juan, le dice la marquesa.

Este portero se expresa con cierta dificultad, no sé si por efecto de la emoción que le causa hablar con personas que considera muy elevadas sobre él, ó porque no puede más el infeliz; el caso es que casi siempre, después de mil rodeos, viene á decir lo contrario de lo que quiere decir.

—V. E. ha tenido el honor de llamarme. . dice, acercándose con actitud respetuosa.

—Ya empieza V. á decir tonterías.

—Señora, V. E. ha de perdonar las tonterías que dice V. E. que digo, no las digo con segunda...

—Bueno, bueno, basta, que lo va V. á echar á perder; le he llamado á V., porque quiero saber qué

están haciendo enfrente de casa, de quién es esa finca, y quién va á venir á vivir en ella. V. que no hace en todo el dia más que estar en la puerta, me parece que debe saber todo eso.

—Efectivamente que han hecho ahí una casa en nada de tiempo; parece que una noche la han traído de fuera, la han puesto donde estaba la otra, y esta se la han llevado luego por la calle abajo.

—¡Qué ingenio tiene V. para explicar las cosas! exclama la marquesa. Da gusto oírle á V.

—Me alegro de que V. E. diga eso, y yo se lo diré á mi mujer, que siempre está diciendo que le da rabia oírme y verme.

La marquesa no puede menos de soltar la carcajada.

—Vamos, cuente V. lo que sepa acerca de lo que se le pregunta.

—Pues hace dos meses, á los cuatro dias de marcharse las señoras, vinieron unos señores, y abrieron la casa, estuvieron viéndola, se asomaron á los balcones, luego bajaron á la calle, por señas que uno de ellos sacó una cartera y estuvo apuntando algo, y el otro traía el pelo muy largo, como si no se lo hubiera podido cortar en mucho tiempo.

—¡Qué estilo tan ameno! Siga V., hombre, siga V.

—Pues, señor, yo, aunque me esté mal el decirlo, me quedé diciendo para mí, porque yo hablo siempre para mí, pues con mi mujer no puedo hablar sin que regañemos, con perdon de V. E.:—¿Quiénes serán esos caballeros, por no decir otra cosa?...

—¡Jesus! ¡qué hombre!...

—Señorita, si incomodo á V. E.... yo no quisiera tomarme la molestia...

—Pero, hombre de Dios, no diga V. desatinos, y cuente quién viene á vivir en esa casa de enfrente, si es que lo sabe V.

—Sí, señora, lo que es eso lo he sabido; es decir, que quien lo ha sabido es mi mujer, y ella me lo ha dicho; es decir, á mí no me lo ha dicho, porque á mí no me dice nada más que picardías, pero se lo dijo á la portera de la casa de al lado, y yo lo oí por casualidad.

—Bien, ¿y de quién es esa casa?...

—Es de un señor solo...

—Quedamos enterados. ¿Y cómo se llama?...

—Se llama... eso es lo que no sé, pero él viene del Rastro.

—¿Qué dice V.?

—Digo, me parece; mi mujer dice que viene de las Américas, y yo no conozco en Madrid otras Américas que el Rastro.

—¡Jesus! ¡qué pedazo de!...

—V. E. ha de perdonar si la he faltado al respeto.

—No, hombre, no, al respeto no me falta V., pero falta V. al sentido comun, bien que tambien á V. le falta el sentido comun. ¿Y qué más sabe V.?

—Pues eso, que la casa la están arreglando para un señor solo que viene de las Américas; que han hecho una obra atroz, y todo lo han pintado, y todo lo han puesto como nuevo, y por detrás están haciendo

un jardín, que dicen que va á ser más bonito que el Retiro, pongo por caso, y una pajarera, y unas cuadras... Yo he visto la casa toda ya, y las cuadras son las que más me han gustado.

—Lo creemos: V. se hallaría muy bien en una de ellas.

—Y V. E. también...

—¡Insolente!

—Señora marquesa, quiero decir que como son casi unos salones con espejos, y con todo aparente...

—Vaya, baje V. á su portería. ¡Qué animal!...

—Tía, si el pobre no tiene inteligencia.

—¡Qué bruto!

—Gracias, señora marquesa, y en todo aquello que yo pueda... Ya sabe V. E. que soy fiel como un perro, callado como una piedra, y que por V. E. sería yo capaz de hacer una barbaridad.

—Sí; ya sabemos que de hacerlas es V. muy capaz.

El portero se marcha haciendo cortesías y pisándose el leviton, y tía y sobrina se retiran á descansar algunas horas.

Entre tanto diremos algo acerca de la casa que tanto había llamado la atención de la marquesa.

Pertenecía aquella casa, situada enfrente de la ocupada por la marquesa, al patrimonio de la Corona, y en ella debieron vivir empinados personajes al servicio de S. M. en el pasado siglo; hacia mucho tiempo que la casa estaba cerrada y abandonada por completo.

Un día, poco ántes del en que salieron de Madrid la marquesa y su sobrina, se presentó en las oficinas del Patrimonio un caballero extranjero con la pretension de comprar la casa abandonada de la calle de Segovia, recomendado eficazmente por el embajador de los Estados-Unidos.

La intendencia de Palacio creyó conveniente la venta de aquel edificio, que ninguna aplicacion útil tenia, y cuatro dias despues el caballero extranjero pagaba la cantidad convenida, y recibia los títulos de propiedad en debida forma.

El dia siguiente abríase la casa misteriosa, penetraban en ella más de doscientos trabajadores, y empezaban á derribar tabiques, á poner vallas, á echar abajo el segundo piso, envolviendo en una nube de polvo á los que transitaban por la calle.

Aquello parecia cosa de magia.

La casa iba presentando un aspecto completamente distinto; un mes despues, á la vieja é irregular fachada habia reemplazado un frontis elegantísimo y del mejor gusto, con sus bonitas columnas, sus estatuas, sus airosos balcones de piedra, y el piso segundo habia desaparecido, lo que indicaba que la casa estaba destinada á una sola familia.

Tan activamente se trabajó en aquellas obras, que el dia que llegaron á Madrid la marquesa y Magdalena, se estaba limpiando de cascote y tierra la parte trasera de la casa, donde estaban el patio y las cuerdas, y los carros que impidieron el paso al coche en que venian tia y sobrina recogian todo aquello

para dejar completamente expedita la via pública.

Cuando la marquesa hubo descansado del viaje, y volvió á asomarse al balcon, quedó nuevamente admirada de ver la casa de enfrente.

—En efecto, se dijo; el portero, en su torpeza, ha dicho lo más cierto acerca de esa casa. Parece que han traído la que ahora se ve y se han llevado la que habia: ¡qué prodigio!... ¿Quién será el afortunado mortal que ha comprado esa casa y con tanto gusto la ha transformado?... Es verdaderamente preciosa.

Magdalena encontró tambien bellísima la casa, y no pudo ménos de recordar su *hotel* del barrio de Salamanca; la casa de enfrente no dejaba de tener alguna semejanza con su *hotel*, pero era mucho más rica en ornamentacion y de mayor extension.

Una semana pasó, y la casa nueva parecia estar tan abandonada como lo habia estado la antigua.

La marquesa estaba cada vez más preocupada y llena de curiosidad; pero ¿á quién habia de preguntar?

El portero era un animal y no podia encargarle la averiguacion de lo que deseaba saber, y ella no habia de ir preguntando como una comadre á las vecinas.

No tenia más remedio que devorar su curiosidad y esperar.

—Quince dias despues amaneci6 abierta la puerta principal del elegante *hotel*, y la marquesa pudo ver desde las rejas de su casa un portal como no habia visto nunca, con magníficos frescos, preciosos jarro-

nes, esbeltas estatuas, y en el fondo unas primorosas puertas de cristales de colores.

Sentóse la marquesa detrás de la reja, decidida á ver quién entraba y quién salía.

Y vió venir pesados *camiones* del ferro-carril que se detenían delante de la puerta del palacio, y de ellos descargaban varios hombres con mucho cuidado enormes cajas, muebles enfundados, espejos, divanes, pianos, sillerías, mesas y veladores.

Por lo que veía de los muebles, comprendía que el mobiliario de aquella casa era tan rico, tan precioso como correspondía á la suntuosidad y belleza del edificio.

Abriéronse las ventanas del piso bajo y los balcones del principal, y la marquesa, con ayuda de sus anteojos de teatro, pudo ver la magnificencia de aquellos salones, la riqueza de los muebles, las paredes vestidas de raso y terciopelo, vió, en fin, un palacio verdaderamente encantado.

--Magdalena, Magdalena, gritó llamando á su sobrina, ven á ver esto, que parece un cuento de las *Mil y una noches*.

Magdalena quedó, como su tia, deslumbrada ante aquella magnificencia.

Dos dias duró la traslacion del mobiliario á la casa misteriosa, y el siguiente vinieron tapiceros que pusieron en los balcones y las ventanas preciosas colgaduras y transparentes de gran mérito artístico,

Y pasó otra semana, y la casa permaneció cerrada, sin que se viera aparecer por allí alma viviente.

La marquesa no pudo resistir más, y mandó llamar al inspector del barrio, colocado por su influencia, y le preguntó lo que supiera acerca del incógnito dueño de aquella maravillosa vivienda.

El celoso funcionario no pudo decir otra cosa sino que el que la había adquirido era un extranjero, un inglés, al parecer, y que todavía no la habitaba porque sin duda se hallaba ausente.

Todas las averiguaciones que la marquesa intentó fueron completamente inútiles.

Nadie sabía nada.

Una mañana abrióse otra vez la puerta del palacio, y entró un magnífico carruaje de domar, arrastrado por cuatro poderosas yeguas; el día siguiente entró en la casa una bonita berlina, nueva, reluciente, tirada por dos caballos ingleses; la tarde del mismo día entró una elegante carretela, vestida interiormente de raso blanco, arrastrada por dos caballos españoles de soberbia estampa. Luego volvieron á cerrarse las puertas, y los días siguientes salían los caballos con primorosas mantas, llevados del diestro por lacayos que tenían toda la apariencia de extranjeros, y que acompañaban á los animales á dar un paseito.

—Debe ser un personaje extranjero, decía la marquesa, algún inglés de esos que tienen esas fortunas tan colosales, que junto á ellos son pobres los mismos reyes.

—Ya poco hemos de tardar en saberlo, observaba Magdalena, porque habiendo venido los coches, es

de creer que no se haga esperar el dueño de todas esas maravillas. ¡Ah! ¡qué triste es contemplar todo eso para mí, que ya he probado las delicias del lujo y la riqueza!

—Pues, hija mia, si el inquilino de esa casa se enamorara de tí...

—Tia, por Dios..

—Para eso no necesita más que verte. Los ingleses son muy entusiastas de las españolas. Si yo fuera tan jóven y tan bella como tú...

Cuando estaban discurrendo sobre lo que era objeto de su curiosidad, entró la doncella con una carta para la señorita Magdalena.

Magdalena la tomó, y miró el sobre.

—Es de Fernando, dijo.

—Y te escribe desde Paris, añadió la marquesa, viendo los sellos con el busto del emperador.

—¡Ah! ¡entonces ya viene, tia, ya vuelve Fernando!